

ra, y por naturalísima consecuencia de nuestra Reina y señora doña Isabel II, á cuya causa de legitimidad que defendemos, por deber, por las leyes de castilla, y para mejor fortuna nuestra y de nuestros hijos, jamas la historia la identificó tanto con sus reinos, haciendo de ambas causas una sola, como lo está la nueva era de españa con su Reina y Señora doña Isabel II.

No me detendré á dar señas de aquellos malhadados promotores, que conoce todo el mundo sensato, por mas que se revistan unos de hipocresia politica y otros de otra hipocresia. Si alguna cosa hemos logrado, entre tantos males de revolucion que hemos sufrido, es conocernos todos hasta el punto de adivinar por los modos de obrar ó decir, el pensamiento, del que habla ó obra; y nos hallamos, sin saber como, en el siglo de las realidades. Ya no sirven las palabras, solo sirven los hechos.

Pero la union y la paz, y el amor puro á nuestra Reina y señora, que tanto se decantan, son mi objeto.

U Para conseguir esta union y la paz que tanto necesitamos, no hay mas que imitar á aquel labrador, que advirtió no hallar tan bien sazonada su comida, y aliñado lo demas de su descanso y aseo, cuando habia pendenencias en su casa, como cuando la dejaba pacífica; y por su propia conveniencia, se propuso ser prudente, dispensar genialidades á los suyos, y reprimirse, para no dar motivo á riñas ó disputas, y se halló bien; pues gozó con sosiego del fruto de su sudor, y del de su prudencia.

Del mismo modo, sin tolerancia en una palabra, no puede haber union, ni en una familia, ni en la sociedad, ni en la nacion entera. La tolerancia es un bien en el mismo que la observa; pues haciendole bien recibido entre toda clase de hombres, le aborran los disgustos y malas consecuencias de no tenerla; y observandola obliga á los demas á que se la tengan, por aquel principio tan sabido de moral clasica que dice *si quieres ser amado, ama*.

La tolerancia, que no se adquiere con facilidad, cuando no ha precedido una educacion muy escogida, es el fundamento y única base de la paz. Pero tiene sus limites en la cuestion presente, que deben conocerse y ob-

servarse. Quanto mas se subdividen las cosas y las personas con distintas denominaciones, mas dificiles se hacen á la comprension general. Si el pensamiento ha de ser una atribucion que ha de calificar al hombre, ya tenemos cuatro clases de hombres, á saber: los que no piensan, los que piensan bien, los que piensan mal, y los que no se sabe como piensan; con mil riesgos de errar en esta última clase; sin que se pueda jugar con acierto de la primera, á no atenderse á los hechos. De los hechos, que son mi guia, hago yo mi breve division de los hombres, en malos y en hombres de bien, prescindiendo enteramente de como piensen, con tal que, obedientes y prontos á cuanto se mande, no difundan sus juicios para seducir como particulares, ó no den mal ejemplo como autoridades ó personas de influjo con su tibieza, pereza, xenitencia ó modos en una palabra: con tal que no salga su opinion de su pecho, aunque tengan la franqueza de decir pues yo pienso esto; pero que esté no obstante sometido en un todo, y sin restriccion alguna, á lo que se mande y convenga.

La uniformidad de los hechos destruye las mas plausibles teorías del pensamiento, tomado como atribucion buena ó mala en el hombre, simplifica la division de este ser social en dos solas clases, asegura mas el acierto para conocer los hombres utiles y los perjudiciales, y en esta práctica, se llega á la mas provechosa tolerancia. Tolerancia, hombres de toda la redondez de la tierra, y habrá mas paz y mas goces, hareis mas soportables los males inherentes á la vida humana, y aun vivireis mas tiempo para utilidad de los que os sigan, ya que la fatalidad hace que cuando el hombre empieza á valer algo, es cuando acaba su vida. Si imitamos y seguimos á mi supuesto labrador, llegaremos, si lo queremos de buena fé, á su prudencia, y de esta á igual tolerancia que él, la cual nos dará la union y paz que tanta falta nos hacen.

Para ser uno animado de amor puro, es preciso que sepa tolerar y desprenderse.

El amor puro ó verdadero está desnudo de cualquiera de las pasiones que puede abrigar el corazon humano. Decimos que amamos á Dios, y fallamos no obstante con frecuencia á sus divinos preceptos; pecamos en